

C 54 c 2

ARGENTINA: CRISIS DE UNA CULTURA SISTEMATICA

por Angel Rama

Una novela inglesa del XVIII, de la cual Cortázar nos ha propo una presta versión española, la muy famosa Robinson Crusoe de Dani se encargó de contradecir con dos siglos de anticipación la difund dicotómica de Ortega y Gasset, según la cual, en toda operación cu el hombre, actúan conjuntamente, y a veces contradictoriamente, el su circunstancia. Defoe mostró fehacientemente que cuando Robinson tuvo que enfrentar circunstancia tan adversa como la de su naufrag isla desierta, apeló de inmediato a los recursos de algo que tampo trictamente él, sino el conjunto de valores y comportamientos apre su período formativo, esto es, lo que llamamos cultura. Sustituyend solución dicotómica, propuso una triádica, según la cual en cada o creativa cumplida por un miembro de la sociedad, interviene el hom circunstancia (es decir, la historia) y su cultura, trabajando los inextricable juego de fuerzas, donde además se superponen las tend viduales con los marcos colectivos, llámese inconsciente, clase, s pasado, etc.

Si los dos primeros factores comportan una dominante espacial lugar, una sociedad, una problemática que ocupan sincrónicamente e el tercero introduce una dominante temporal. Aunque la cultura se en cada circunstancia histórica como en cada circunstancia clasista ce un componente temporal donde se acumula el pasado, aunque no in damente. Dado el carácter aprendido y heredado de la cultura, en e el pasado que ha aceptado una comunidad según la visión instrumenta dirigencia; pero dada la multiplicidad de expresiones que le corre una sociedad clasista, incluye proposiciones diversificadas a las o lian los diversos grupos sociales, los cuales adoptan en los perio sis y transición, posiciones de confrontación nítida. Dicho de otro cultura mueve tiempos plurívocos, que son elegidos dentro del repe plio que ofrece el pasado, según los intereses y las ideas de los ciales que se enfrentan en el presente.

La fuerza actuante del pasado y su pluralidad de manifestacio gos que deben destacarse cuando intentamos referirnos a la cultura de la gran crisis que se abre en el año 1930 y que no ha concluido cincuenta años después, visto que no solo comporta una remoción so sino también un amplio debate histórico, el movimiento que ha conocido la

dad desde sus orígenes. Y esto impresiona como un paralelismo altificativo, entre el medio siglo que va de 1800 hasta Caseros incluidos los puntos óptimos la revolución de 1810 y la Joven Argentina de 1837 y el siglo que se inaugura en 1930 con Uriburu y tiene sus puntos óptimos el ascenso peronista de 1945 y su reaparición en 1972. No sugiero ni una equivalencia, que sería forzada, entre estos sucesos, sino el paralelismo que responde a dos grandes épocas de honda crisis y trasmutación, que para el observador como esfuerzos de definición de la nacionalidad y la búsqueda de un proyecto viable para su desarrollo futuro. Eso fue evidente desde el inicio del XIX ya que desde 1816 en su Acta de Independencia, la élite intelectual sentó coherentemente el principio de la nacionalidad por ausencia de la mayoría de los pronunciamientos emancipadores de los países de la colonización española, portuguesa o francesa, y a partir de la concepción de "nación" que los demás ignoraron, desarrolló una pugna entre los proyectos organizativos, quizás no tan dispares como la retórica de la época, oponiendo el principio americano y el principio europeo. En una honda crisis surge la Argentina ubérrima que se extiende hasta 1916, cuando se abre un nuevo, intenso debate intelectual, que también parte de la definición de nación, aunque intentado redefinirla para poder discutir un proyecto organizativo. Como si dijéramos que en este 1980 esta situación de Caseros, aunque en una instancia más compleja por el desajuste de la coordinación internacional de la hora y por la acumulación, el enorme pasado transcurrido que incide sobre las generaciones actuales con las cuales de la cual carecía a comienzos del siglo pasado.

Esta aproximación que intento a esa problemática no será económica ni política, sino cultural y aun, con perdón del término, geográfica. Soy consciente de la ambigüedad e insuficiencia de la denominación "cultura argentina" para toda visión de tipo global latinoamericano: difícil de incluirse en ella un sector del territorio nacional, correspondiente a las provincias norteafricanas, en tanto que se emparenta con ella el territorio actual República Oriental del Uruguay y las provincias sureñas brasileñas de Sao Paulo a Rio Grande do Sul, constituyendo lo que podríamos llamar cultura suratlántica de América Latina, que tiene una dominante pampeana, ganadera, agrícola-ganadera, inmigratoria e industrializada, dentro de los esfuerzos modernizadores. Cultura suratlántica y de ningún modo cultura del cono sur para deslindar nítidamente dos núcleos cercanos, emparentados pero distinguibles claramente, como son el paraguayo-guaraní y el chileno-austral.

A ella, aunque excluyéndole la parte brasileña, llamó el ant Darcy Ribeiro "cultura trasplantada", equiparándola a la de la zo del continente, los Estados Unidos y Canadá, pareciendo así homol sueño profético de Sarmiento. En la medida en que el término "tra parece prescindir de la larga elaboración interna a que han sido las incorporaciones europeas, de la absorción de ricos remanentes nos y de las ingentes operaciones originales que uno de los equi lectuales mejor dotados, como ha sido el suratlántico, han cumpli sentando una sociedad extraordinariamente dinámica, preferiré sie en este caso de "cultura de la modernidad" en sustitución de "cul plantada". Efectivamente, la suratlántica es la cultura que más d te se ha hecho cargo tanto de las virtudes como de las vicisitude concepción del universo generada en el marco noratlántico, dotánd inflexión peculiar. Una frase irónica que es ya un bien mostrenco intelectual ilustra el sedicente desarraigo de esta cultura: del que los peruanos descienden de los incas -dice- y los cubanos o b de los negros, los argentinos (los suratlánticos) descienden de l Como se podría aplicar tal cual a los norteamericanos, podríamos que esa circunstancia nutricia, esa importante fuente migratoria menta, nada resta a la originalidad del producto cultural alcanza toresca alarma den que Américo Castro percibió en la década de lo notorio apartamiento argentino de la norma lingüística peninsular sirvió de base a la tentación de una lengua nacional en ese momen aún antes había dado pie a la franca utilización del dialecto rur expresión literaria y al dialecto urbano para la teatral y period esa alarma, brillantemente contestada por Borges, no hacía sino te capacidad creadora, desenvuelta y original de una cultura. Entre pruebas de la perspicacia de José Martí está la de haber observad década del ochenta en el siglo pasado, este manejo brusco y origi lengua española que él, tan afiliado a la tradición popular penin lebró alborozado. Si los comportamientos lingüísticos son los mej dores de la singularidad de una cultura, pues es la lengua su may simbólica, este rasgo debe contar primordialmente para medir una creadora.

Una cultura de la modernidad no es, como se ha tendido a per a su presencia en América, una mera imitación desvaída de cultura un amasijo de influencias importadas, trasplantadas tal cual, sin

ra que, liberada de pesadas amarras al pasado remoto y a sus tradiciones a azares históricos, consigue organizarse coherentemente a partir de los elementos de que dispone y evolucionar hacia un punto focal que se proyecta en el futuro y no en el pasado. Adquiere entonces, tal como ocurre en la Argentina, la característica de una cultura de vanguardia cuya potencialidad deriva de que explora territorios desconocidos, los investiga con audacia, los sueña y aun planifica y los convierte progresivamente en su propia realidad. Hacia 1930, esta notoria actitud vanguardista, que en la América Latina solo tenía igual con otros miembros de la misma cultura estética, los paulistas de la Semana de Arte Moderno, provocaba la admiración de Mariátegui que en ella veía la prueba de una transformación revolucionaria burguesa que no se había alcanzado en otras regiones del continente que abría el camino a sucesivas transformaciones que habrían de ser progresivamente dificultadas en el medio siglo de crisis posterior, sin llegar a ser definitivamente vencidas. Pero esa actitud vanguardista es la misma que encontramos en la generación intelectual de la emancipación y en la posguerra de la Joven Argentina que habrá de tomar el poder después de Caseros, recordándonos la distancia a que la observamos hacer el recuento fiel de sus logros y deficiencias. Sabemos que la tardía colonización de la zona por los portugueses y lusitanos, la destrucción de las débiles poblaciones indígenas, el sistemático genocidio, la peculiaridad de una explotación económica dependiente con las metrópolis en ascenso, el entronqueamiento con los centros que impulsaban la modernidad burguesa, el trasvase migratorio, son algunos de los rasgos constitutivos que aseguraron el nacimiento de una cultura de la modernidad y su empuje vanguardista.

Sabemos también que la conducción burguesa que durante casi un siglo dirigió la evolución de esa cultura, entró en colisión desde 1930 con grupos sociales emergentes que reclamaron su parte en la conducción y su derecho a incorporar a él sus privativos elementos culturales. Un rasgo peculiar de esta coyuntura histórica argentina, es la visibilidad dicotómica que entonces surge y que simplísticamente se definió en la Florida-Boedo. La sociedad posterior a 1930 vio aplicarse la "horadada" proclamada en 1924 por Lugones y tendió a reconocer como válida la división en tendencias antagónicas, por cambiantes y escurridizas y móviles que ellas hayan sido a lo largo del medio siglo transcurrido. Pero las oposiciones han sido constantemente redefinidas, alterando los

... se ha conservado el básico sistema bina-

ciones entre dos orientaciones doctrinales y esto ha sobrenadado al te confusionismo que rige culturalmente al período. Todo lo que en producido, desde el arte y la literatura hasta las formulaciones po desde las filosofías sociales hasta las morales, está marcado por e mismo propio de una edad de crisis, en la cual ninguna proposición enteramente satisfactoria intelectualmente porque ni es nítida ni p rrollarse autónomamente: vive dentro de una pugna y se abastece de lación indiscriminada de la historia transcurrida. Incluso parecen nítidas que las proposiciones de la gran crisis inicial del orden aunque eso también puede atribuirse a que estas últimas las podemos desde el ángulo de los triunfadores en la contienda.

Nada ilustra mejor el confusionismo que la bastante difundida la pérdida de la identidad cultural. En América Latina es habitualm efecto secundario de la velocidad modernizadora mediante incorporac trones extranjeros, aunque aparece también como una racionalización ca para expresar la ambigüedad en que se mueven las clases altas y una sociedad, en especial sus sectores juveniles, ante las urgencia cambio social y político al que parcialmente se resisten. Conozco timonios sobre la pérdida de identidad de los jóvenes de las clases en quienes sería casi más lógico el problema visto que proceden de rurales o marginales que se incorporan violentamente al más desarro tema productivo industrial extranjero. Conozco en cambio muchos tes sobre esta conciencia en los estudiantes universitarios procedentes medias o altas, a los cuales pueden aplicarse certeramente los razo de Erik Erikson sobre la "crisis de identidad" que él vivió en el s cultura europea. Pienso que . ellos descubren que el sistema racio puesto por una cultura de la modernidad como instrumento de cualqui ración intelectual, en verdad esconde una secreta irracionalidad qu monia/el apropiamiento de las fuerzas productivas y la subsiguiente ción de la conducción política. No creo casual que tales crisis de hayan conducido a un reconocimiento del irracionalismo, a veces a u de su caprichosa libertad y a una reconsideración del tema de la al Cuando dejamos de estar contenidos dentro del aparato intelectual r zado y cuando superamos el encierro mediante la objetivación de ese descubrimos sobre qué tembladera irracional funciona y en qué medi picia. Como "dialéctica de la Aufklärung" lo percibió Horkheimer en

La modernidad vanguardista no es una virtud en sí, por más que modo la recomienden sus afiliados, sino que es simplemente una carencia de ciertas sociedades dinámicas de la era burguesa. Sus productos son admirables, pero no mejores ni peores que los de otros tipos de sociedades, incluso las que llamamos sociedades tradicionales. Son distintos. Si algo debemos a la antropología moderna es haber abandonado a las culturas tanto de las constricciones de raza como de las orientaciones el concepto de una evolución progresiva única. Esos productos son fácilmente internacionalizables, pues se adecúan al circuito planetario establecido la economía-mundo de la actualidad. Para una visión retrospectiva de presente esto se ofrece como una virtud suplementaria sino como una corroboración del valor absoluto. Para una visión algo más ecuménica esto es simplemente una peculiaridad, tan curiosa y original como la forma de reproducción de determinadas especies animales.

Se trata de un estilo de sociedad, un modo de funcionamiento aplicado a la producción de objetos culturales, aunque estos son capaces de adaptarse respecto a los sistemas productivos en que se engendran. Si dejamos de lado los productos examinamos ese sistema productivo de la modernidad y observaremos que acarrea complejas operaciones, tan creativas como el arte. Exactamente, solo puede alcanzar el punto ígneo de producción mediante el sacrificio de ingentes aportes culturales que alimentan la hoguera. El espíritu vanguardista debió proceder a una tesonera urbanización de la cultura lo que implicó consumir múltiples culturas rurales y, dadas las limitaciones técnicas sobre las cuales fue trazado el plan de urbanización, debió recurrir a una generalizada alfabetización que fue construida en detrimento de las culturas analfabetas y orales. Si algo no puede negarse es la coherencia de la propuesta de Sarmiento: ciudades contra campo, alfabetización/construcción contra analfabetismo, europeísmo anglofrancés contra peyoración hispanizante. La consecuencia ha sido categórica: no tenemos en América Latina una cultura tan sistemática, rigurosa y homogéneamente urbanizada como la argentina. Esta opción franca tuvo la virtud de aceptar francamente las negaciones que acarrearba: la drástica exclusión de la forma cultural opuesta o alternativa. Las virtudes de urbanización han sido cantadas mil veces y es bien fácil rastrearlas en la producción sistemática de los productos culturales argentinos, en la claridad de sus diseños, en los criterios analíticos que maneja, en las convenciones normativas y generalizadoras a que aspiran, más visibles cuando p

despojo de los particulares concretos para componer una doctrina oficial se impone beligerantemente a toda la nación. Todo eso se sostiene a través de instrucciones paralelas: la cultura argentina ha establecido una ataraxia homogénea de toda la sociedad que impuso con notoria violencia a todos, a la mayoría de los grupos componentes, procediendo al arrasamiento de las culturas regionales, sobre todo las múltiples culturas rurales o campesinas que fueron o exterminadas o menospreciadas en beneficio del sistema de valores y prestaciones de la cultura urbanizada. Lo que se dice de las múltiples culturas tradicionales de los sectores rurales, alcanzando la extinción de las etnias que <sup>sin embargo</sup> aún sobreviven en la cultura norteamericana <sup>de "trasplantados"</sup> y siguen proporcionando desde sus enquistamientos conductos específicos.

La voluntad planificada de este proyecto se hace visible cotejando con otras regiones de América Latina o con la misma Europa. Basta cruzar la frontera chilena para recuperar de inmediato, en Chile, la multiplicidad de visiones culturales regionales o atravesar la frontera brasileña al norte del río Paraná para percibir cuán vivamente sigue viviendo el regionalismo con sus particularidades. Pero tampoco España, ni las naciones europeas que con el proyecto civilizador argentino, Francia, Inglaterra o Alemania, han alcanzado una homogenización similar y siguen conservando expresiones particulares regionales que son centros de producción cultural con visible margen de autonomía. Es obvio que tocamos aquí las distintas maneras en que se cumple la modernidad, según se trate de quienes la generan o de quienes la adoptan en una situación dependiente. Y a pesar de la diferencia de grado que se registra en la operación homogenizadora en Argentina y Estados Unidos, se podría hacer en comparación las melancólicas reflexiones de Sapir sobre las culturas autóctonas y la espurias tal como lo percibía en el panorama norteamericano de los años veinte. El espíritu de modernización vanguardista pierde sus protectoras rurales que lo compensan y moderan cuando se diluye el polo tradicional contra el que surge. Visible eso en las nostalgias del particularismo <sup>que acecharon</sup> al Sarmientismo o en la recuperación, aunque ya fatalmente folklorizada y ornamentalizada, de las culturas rurales muertas en este siglo XX, a cargo de Lugones.

Hacia 1930 Scalabrini Ortiz construyó su historia de los ferrocarriles argentinos a partir de la contemplación del insólito plano que dibujaban las líneas férreas del país; pudo también acometer la historia de la cultura argentina partiendo de ese mismo esqueleto que la sustentaba. Aunque <sup>antes de la caída de la inocencia que dice que el demonio viene de</sup>

nosotros somos sus incautas víctimas (la "teoría de la conjura" que de Azúa) puede trazarse otra doctrina más realista que dice que en raciones se testimonia la obra de un asombroso equipo de intelectuales a los "amautas" de que hablaba el Inca Garcilaso de la Vega, habrían diseñado platónicamente el Imperio Inca antes de que fuera Los intelectuales que estuvieron detrás de este proyecto, pensaron dísticamente al país, construyeron su modelo ideal y procuraron la sociedad real se amoldara a esos lineamientos: pusieron su diseño país y repasaron con lápiz tinta sus líneas para que quedaran registrados. En un reciente libro Halperín Donghi ha reunido las piezas de este intelectual (Proyecto y construcción de una nación) del que no encuentro sino en la generación norteamericana que diseñó el "destino". El costo social fue monumental y creo que fue entonces que se intrínseca una arrogante concepción abstracta que con tal de alcanzar la plenitud del modelo ideal se mostró capaz de despreciar el sufrimiento de la población. Esta arrogancia se reproduce en los años actuales, salvo que si no se libra una real batalla entablada por parte de las clases rurales del XIX por el proyecto liberal, sí hay hoy una muy decidida actitud combativa de las clases obreras contra la oligarquía y los sectores militares que la sustentan.

No hay duda de que esos intelectuales representan clases sociales que operaron dentro de las constricciones que imponía su época (y que es injusto y pueril extrapolar a nuestras circunstancias actuales), y me parece singular en el campo cultural argentino, es esa presencia de los equipos intelectuales puestos a una tarea de construcción del país, en lo que percibo la visible remanencia del intelectual dieciochesco que ha sido el inicial prototipo al que el país fue fiel hasta hoy. La cultura argentina, como todas las latinoamericanas, ha sido y pretende ser una cultura de élites, pecado original del que ni siquiera el movimiento opositor y contestario actual se ha desprendido. Pero hay una diferencia en América en el comportamiento de esa élites. La cultura colombiana y la andina, es asimismo una cultura de élites y la mexicana es una cultura de élites sino aun de mafias detentadoras del poder. Pero mientras que en la región andina funcionaron separadamente del resto de la sociedad el núcleo del batiscafo de sus clases, transmitiéndose comunicaciones parciales incluso del sector intelectual, las élites argentinas funcionaron dentro del concepto de servicio civil nacional, se constituyeron con equipos

destinados a ser puestos en práctica por la sociedad toda ya que reclamados de la mayoría de las fuerzas sociales para ejecutarse. Como además acaraban modificaciones ingentes, les era indispensable un amplio y riguroso sistema educativo tanto para formar los cuadros eficientes para esa tarea como para internalizar en la conciencia de los ciudadanos sus presuntas virtudes. Carecieron del rico estamento eclesiástico de otras regiones, aunque aprovecharon algo retóricamente a los principios religiosos, tuvieron más confianza en un armamento instrumental educativo laico como era propio del proyecto gués moderno. El les conquistó importantes sectores populares quienes tomaron esa lección de la ideología aun en oposición a la lección de la vida concreta de sus propias vidas, posible origen de esa sorprendente alianza de los sectores medios urbanos en la sociedad argentina actual.

Esas élites han modelado la nación imponiendo mitos en la conciencia ciudadana: desde el de "nación" hasta el de "educación". Diría que todos ellos, aun los más defendibles, responden a los principios de un liberalismo despotismo ilustrado, porque han sido incrustados en la sociedad a través de su elaboración por las élites, sin intentar recoger de los hombres comunes esos valores que conducen sus formas culturales específicas y nacionales. El principio de modernización adquirió así un estilo autoritario desdeñó las fuentes creativas y espontáneas de la población, que solo algunas veces resultaron rescatadas en obras literarias o artísticas, en fórmulas doctrinales de grupos resistentes y minoritarios. Fue una cultura que se prevaleció del extraordinario aparato educativo para transmitir la ideologización de las élites. Sin duda manejó expresiones populares pero epidérmicamente o después de haber sido castradas (la ideologización que hizo Lugones en sus conferencias de 1913 ante las autoridades nacionales y con ellas revistió enmascaradamente los mensajes de las élites, oficiales de representantes de clases dominantes).

Establecieron una cultura normativa y legal, la cual desarrolló pesadas abstracciones explicativas y minuciosos sistemas legales de funcionamiento, pues todos los integrantes de estas élites fueron, como Laprida, legisladores de leyes y dictámenes y no deja de ser aleccionador la subversión de los usos en la actual situación argentina, porque ha evidenciado, casi grotescamente, lo que tenían de invenciones supraestructurales y de régimen coercitivo. Se trata de una peculiaridad compartida por diversas áreas latinoamericanas devotas todas de los códigos napoleónicos y de las cambiantes cartas constitucionales. Pero es la coherencia y el espíritu de sistema lo que

red de principios, órdenes, disposiciones, interpretaciones, y el modo con que se aplicó a la totalidad nacional. Para lograr esta esta sistematicidad, forzoso es perder de vista la realidad concreta. Valentín Alsina lo percibió de inmediato en Sarmiento y así trató de evidenciar su propensión a los sistemas, que definió así una idea jefe, recorre cuantos hechos se le presentan, no para examinarlos filosóficamente y en sí mismos, sino para alegarlos en prueba de su veridicidad, para formar con ellos el edificio de su sistema. De aquí resulta que, cuando halle un hecho que apoye sus ideas, lo exagera; que; y cuando halle otro que no se encuadre bien en su sistema, traduce, lo hace a un lado, o lo desfigura o lo interpreta: de aquí las analogías y aplicaciones forzadas; de aquí los juicios inexactos acerca de los hombres y sucesos; de aquí las generalizaciones con un hecho individual y tal vez casual o insignificante en sí mismo, e deduce una regla o doctrina general". ¿No se podría aplicar a tantas otras épocas? ¿A Echeverría como a Alberdi, a Lugones como a Sarmiento, a Martínez Estrada como a Viñas?

No veo en el resto de América Latina otra cultura tan poco e tan poco pragmática como la argentina, tan poco respetuosa de lo particular e individual y a la inversa, tan segura de la conveniencia y exactitud de las "leyes y los dictámenes". Percibo en ella una tendencia generalizadora que se construye a partir de algunos apoyos reales evidentes y eficientes pero no siempre suficientes para esa rápida generalización que aspira a la fijación de normas interpretativas de validez universal, de teorías fascinadoras pero no sustentadas. Es frecuentemente el reino de las hipótesis que se hacen generalmente como tesis resultantes de una investigación que no se ha acabado. Veo aquí una consecuencia de ese absolutismo de las élites provincianas aplicadas a fijar modelos ideales para luego encarnarlos. Es precisamente vivamente la desconfianza contra este espíritu de sistema que llevó a Carlos Vaz Ferreira a escribir su Lógica viva, que llegó a pensar aquí el espíritu de sistema, si esta desconfianza tanto del Vaz Ferreira como mía, no es parte de una resistencia provinciana a la sistemática que llevó adelante la capital Buenos Aires sobre su vasto territorio que no estaba compuesto solo de campiñas sino también de pequeñas ciudades como Montevideo o Córdoba, las cuales no por azar fueron, en 1900, respectivamente, sedes de insurrección estudiantil y reformismo univ

A través de un eficiente aparato educativo, que encubre y disimula un régimen represivo sobre el cual se levanta, los "amautas" transmiten sus ideas al común: nada de raro que en algún momento una parte de la sociedad, aunque acostumbrada a aceptarlas, descubra que está soñando pesadillas o cuentos borgianos. Nada de raro tampoco que otra parte de la sociedad empiece a soñar una pesadilla que poco tiene que ver con su situación y sus intereses. Hay un momento en que la conciencia de los particulares sigue perforando la perfecta estructura normativa diseñada por los poderes. Pero es ilustrativo del poder de los sistemas para seguir operando a pesar de las doctrinas que transportan, registrar en esa parte de la sociedad que se rebela a la conducción de las élites, la asunción del mismo espíritu del sistema, de los mismos diseños generalizadores y abstractos, aunque a veces de signo contrario. La capacidad insidiosa de toda acumulación de poder, de todo pasado, para impregnar posiciones doctrinales disímiles y contrarias, filtrando sobre los campos opuestos un idéntico régimen funcional que los homologa funcionalmente aunque discrepen en sus propósitos, puede reconocerse en el último medio siglo argentino correspondiente a la crisis, en el trazado de dos líneas opuestas.

La parcial toma de conciencia de esta crisis, se logró mediante el surgimiento de una línea cultural alternativa. Oponiéndose a la línea oficial de la cultura argentina, que en alguna ocasión se denominó "oficial", se concedió relevancia a una línea recesiva de tipo populista, lo que fundamentó el discurso histórico revisionista. Si bien tal ruptura fue beneficiosa, en cuanto puso en discusión el principio homogenizador que se había impuesto al país, dista de dar cuenta de la totalidad de la situación de la sociedad. Se sabe hoy que la cultura argentina no es, simplemente, el Teatro Colón, el diario La Nación o la revista Sur, pero la cultura alternativa populista asumió similares formas autoritarias, generales e impositivas, presentándose como el producto de otras élites intelectuales dictaminando a partir de una escasa o empobrecida experiencia de la realidad. Quedó destruida la concepción global y uniforme, pero su dependencia así como la subsiguiente tendencia sistemática homogenizadora siguieron funcionando. Con lo cual la pluralidad de culturas sometidas que integran la nacionalidad no ha sido reconocida ni han adquirido fuerza para hacer demandas a integrar una cultura auténticamente nacional. Es durante la crisis la desintegración de la centralización autoritaria, de la libertad operativa los variados sectores que entonces buscan expresa

propios valores culturales y aun corren el riesgo de perderlos si simplemente algunas de las dos líneas (oficial y populista) enfrentan

Las culturas de los sectores sometidos cumplieron siempre ingenuos esfuerzos para expresarse colectivamente y para ser aceptadas válidas en la luz pública. Para comprobarlo, cada uno de nosotros puede trabajar en el campo de observación, sean las lenguas, las doctrinas sociales, los productos de la vida cotidiana, las posiciones políticas, etc. En el mismo campo de observación está representado por la literatura. En ella se ve la exacerbada expresión de las culturas rurales en el último tercio del siglo XIX, aunque con mayor vigor y mayor variedad (de Lussich a Podestá) en las regiones alejadas del centro tentacular de Buenos Aires y por lo tanto más vivamente en la Banda Oriental que en la Occidental del Río de la Plata. En el mismo modo que más vivamente entre las poblaciones de Rio Grande del Sur bajo el imperio urbano de Sao Paulo, para la otra porción (brasileña) de la cultura suratlántica. En cambio las culturas inmigratorias del primer tercio del siglo XX, por su incidencia en los centros urbanos, lograron expresarse preferentemente en las ciudades, São Paulo y Buenos Aires, aunque con sus rasgos contestatarios más firmes, su estructura ideológica radicada en las ciudades pequeñas, Rosario, Montevideo, La "plebe ultramarina" de Montevideo, consiguió una inicial expresión propia, que Gladys Reichman investigó en su libro, sustentó originales formas teatrales y discursos originales del imaginario, aunque, en el sentir de Darcy Ribeiro, se impusieron como en Estados Unidos sus normas vitales y se rindió al conformismo tradicionalista de las élites dominantes. Ello, sin embargo, fue previsto desde el comienzo noventaenista en las proposiciones de Caetano de Graça Aranha y en La gringa de Florencio Sánchez, quienes buscaron la articulación de los elementos en pugna.

Tanto unas como otras manifestaciones, rurales y emigrantes, fueron desplazadas precariamente por quienes han buscado construir la tradición alternativa recusatoria de la oficial, pero lo cierto es que no hay continuidad ni continuidad histórica entre estas formas culturales de sectores marginados de la sociedad. La debilidad de sus productos y la dificultad de ser incorporados al circuito culto, testimonian el aplastante peso de las élites, tanto en su vertiente oficial como en la supercultura y espectáculo que ocupó la escena desde 1930. Las formas populistas, incluso, que triunfaron en los diez y los veinte, fueron incapaces de sostener un desa-

como para que en las últimas décadas fuera recuperada por el sector como un objeto de museo.

Donde con mayor nitidez se percibe la dificultad expresiva de sectores culturales, es en la incapacidad de la cultura proletaria crear una literatura específica. No hemos tenido una literatura proletaria a pesar de la obvia importancia numérica de esa clase y de su incidencia en la estructura social. Entre una literatura de funcionarios de partido que se esforzaron a configurar una nueva expresión de literatura de élites, —aunque acostumbramos a llamar de "cuadros"— y una literatura populista de la "media", no quedó espacio visible para que adviniera una literatura proletaria de equivalente importancia a la de los otros sectores sociales mencionados, como las castigadas poblaciones rurales o las sometidas poblaciones urbanas. Unas y otras han confluído en buena parte a la formación de un "cuadro" urbano, pero éste parece haber sido succionado por una producción literaria de los "mass media", los que ocupan el lugar que otrora correspondía a los organismos educativos oficiales y cumplen como ellos una función de inculcación al servicio de un proyecto de élites, salvo que en este caso es mucho más bajo y pervertido.

En cambio hemos tenido un trasiego de intelectuales formados en los círculos de la cultura dominante, que se han acercado ideológicamente, más que estéticamente, a los sectores populares urbanos. Para examinar el problema cabe a Rodolfo Walsh en las letras argentinas, he estudiado en el libro (Escritura 2) ese curioso proceso posterior a los 30, donde se sitúan las obras de Leopoldo Marechal y las contribuciones del Cortázar adulto, entre las correspondientes a los jóvenes que emergen a la producción desde 1940. A pesar de las contribuciones que en esta última generación hizo Walsh a través del periodismo militante y a la construcción de ciertas formas "proletarias" como la novela policial de pobres, que parece responder a ciertos rasgos gramscianos, la clase obrera, que es el centro de la problemática argentina, aun no ha expresado directamente su concepción cultural. Si ello no ocurre, no se habrá producido la necesaria catarsis y renovación de la cultura argentina, para que vuelva a ser la pujante cultura del movimiento vanguardista que fue y le aseguró un puesto privilegiado en el

Wilson Center, Washington, April 29, 1961

Arturo Escobar

# PUNTO DE VISTA

Revista  
de cultura

Año 3, número 9  
Julio-Noviembre  
de 1980

\$ 3.800.-

**Angel Rama: crisis de una cultura**  
**Saer, Rossanda, Sontag: sobre Sartre y Barthes**  
**La operación llamada "lengua"**  
**Lingüística y antropología**

**Textos de**  
**Elvio Gandolfo**  
**y Hugo Gola**

**Dibujos de**  
**Carlos Gorriarena**



## Angel Rama

# Argentina: crisis de una cultura sistemática

**Cultura de la modernidad,  
cultura de las vanguardias,  
utopía y práctica del intelectual argentino.  
Angel Rama reflexiona, para "Punto de Vista",  
sobre la trama de conservación y cambio,  
literatura y política.**

Una novela inglesa del XVIII, de la cual Cortázar nos ha proporcionado una presta versión española, la muy famosa *Robinson Crusoe* de Daniel Defoe, se encargó de contradecir con dos siglos de anticipación la difundida tesis dicotómica de Ortega y Gasset, según la cual, en toda operación cumplida por el hombre, actúan conjuntamente, y a veces contradictoriamente, el hombre y su circunstancia. Defoe mostró fehacientemente que cuando Robinson Crusoe tuvo que enfrentar circunstancia tan adversa como la de su naufragio en una isla desierta, apeló de inmediato a los recursos de algo que tampoco era estrictamente él, sino el conjunto de valores y comportamientos aprendidos en su período formativo, esto es, lo que llamamos *cultura*. Sustituyendo la futura solución dicotómica, propuso una triádica, según la cual en cada operación creativa cumplida por un miembro de la sociedad, interviene el hombre, su circunstancia (es decir, la historia) y su cultura, trabajando los tres en un inextricable juego de fuerzas, donde además se superponen las tendencias individuales con los marcos colectivos, llámense inconsciente, clase, sociedad, pasado, etc.

Si los dos primeros factores comportan una dominante espacial (son un lugar, una sociedad,

una problemática que ocupan sincrónicamente el presente) el tercero introduce una dominante temporal. Aunque la cultura se reactualiza en cada circunstancia histórica como en cada circunstancia clasista, introduce un componente temporal donde se acumula el pasado, aunque no indiscriminadamente. Dado el carácter aprendido y heredado de la cultura, en ella pervive el pasado que ha aceptado una comunidad según la visión instrumentada por su dirigencia; pero dada la multiplicidad de expresiones que le corresponden en una sociedad clasista, incluye proposiciones diversificadas a las que se afilian los diversos grupos sociales, los cuales adoptan en los períodos de crisis y transición, posiciones de confrontación nítida. Dicho de otro modo, la cultura mueve tiempos plurívocos, que son elegidos dentro del repertorio amplio que ofrece el pasado, según los intereses y las ideas de los grupos sociales que se enfrentan en el presente.

La fuerza actuante del pasado y su pluralidad de manifestaciones son rasgos que deben destacarse cuando intentamos referirnos a la cultura argentina de la gran crisis que se abre en el año 1930 y que no ha concluido en 1980, cincuenta años después, visto que no solo comporta una

remoción social intensa, sino también un amplio debate histórico, el mayor que ha conocido la nacionalidad desde sus orígenes. Y esto impresiona como un paralelismo altamente significativo, entre el medio siglo que va de 1800 hasta Caseros incluyendo como puntos óptimos la revolución de 1810 y la Joven Argentina de 1837 y el medio siglo que se inaugura en 1930 con Uriburu y tiene sus puntos óptimos en el ascenso peronista de 1945 y su reaparición en 1972. No sugiero ninguna equivalencia, que sería forzada, entre estos sucesos, sino el paralelismo que corresponde a dos grandes épocas de honda crisis y trasmutación, que se presentan al observador como esfuerzos de definición de la nacionalidad, construyendo un proyecto viable para su desarrollo futuro. Eso fue evidente en el período inicial del XIX ya que desde 1816 en su Acta de Independencia, la dirigencia intelectual sentó coherentemente el principio de la nacionalidad, que estuvo ausente de la mayoría de los pronunciamientos emancipadores de otras regiones de la colonización española, portuguesa o francesa, y a partir de la concepción de "nación" que los demás ignoraron, desarrolló una pugna entre proyectos organizativos, quizás no tan dispares como la retórica

de la época cristalizó, oponiendo el principio americano y el principio europeo. Pero de esa honda crisis surge la Argentina ubérrima que se extiende hasta 1930, donde se abre un nuevo, intenso debate intelectual, que también parte del concepto de nación, aunque intentando redefinirlo para poder diseñar un nuevo proyecto organizativo. Como si dijéramos que en este 1980 estamos a la altura de Caseros, aunque en una instancia más compleja por el desarrollo de la coordinada internacional de la hora y por la acumulación, el enorme peso del pasado transcurrido que incide sobre las generaciones actuales con una fuerza de la cual carecía a comienzos del siglo pasado.

Esta aproximación que intento a esa problemática no será económica, ni social ni política, sino cultural y aun, con perdón del término, humanística. Soy consciente de la ambigüedad e insuficiencia de la denominación "cultura argentina" para toda visión de tipo global latinoamericano: difícilmente puede incluirse en ella un sector del territorio nacional, correspondiente a las provincias norteñas, en tanto que se emparenta con ella el territorio de la actual República Oriental del Uruguay y las provincias sureñas brasileñas de Sao Paulo a Rio Grande do Sul, constituyendo lo que podríamos llamar la *cultura suratlántica* de América Latina, que tiene una dominante pampeana, urbanizada, agrícola-ganadera, inmigratoria e industrializada, dentro de cánones modernizadores. Cultura suratlántica y de ningún modo cultura del cono sur, para deslindar nítidamente dos núcleos cercanos, emparentados pero diferenciables claramente, como son el paraguayo-guaraní y el chileno-araucano.

A ella, aunque excluyéndole la parte brasileña, llamó el antropólogo Darcy Ribeiro "cultura trasplantada", equiparándola a la de la zona norte del continente, los

Estados Unidos y Canadá, pareciendo así homologar el sueño profético de Sarmiento. En la medida en que el término "trasplantado" parece prescindir de la larga elaboración interna a que han sido sometidas las incorporaciones europeas, de la absorción de ricos remanentes autóctonos y de las íngentes operaciones originales que uno de los equipos intelectuales mejor dotados, como ha sido el suratlántico, han cumplido, representando una sociedad extraordinariamente dinámica, preferiré siempre hablar en este caso de "cultura de la modernidad" en sustitución de "cultura trasplantada". Efectivamente, la suratlántica es la cultura que más drásticamente se ha hecho cargo tanto de las virtudes como de las vicisitudes de esta concepción del universo generada en el marco noratlántico, dotándola de una inflexión peculiar. Una frase irónica que es ya bien mostrenco del medio intelectual ilustra el sedicente desarraigo de esta cultura: del mismo modo que los peruanos descienden de los incas -dice- y los cubanos o brasileños de los negros, los argentinos (los suratlánticos) descienden de los barcos. Como se podría aplicar tal cual a los norteamericanos, podríamos reconocer que esa circunstancia nutricia, esa importante fuente migratoria que la alimenta, nada resta a la originalidad del producto cultural alcanzado. La pintoresca alarma con que Américo Castro percibió en la década de los veinte el notorio apartamiento argentino de la norma lingüística peninsular, lo cual sirvió de base a la tentación de una lengua nacional en ese momento pero que aún antes había dado pie a la franca utilización del dialecto rural para la expresión literaria y del dialecto urbano para la teatral y periodística, esa alarma, brillantemente contestada por Borges, no hacía sino testimoniar la capacidad creadora, desenvuelta y original de una cultura. Entre las

múltiples pruebas de la perspicacia de José Martí está la de haber observado desde la década del ochenta en el siglo pasado, este manejo brusco y original de la lengua española que él, tan afiliado a la tradición popular peninsular, celebró alborozado. Si los comportamientos lingüísticos son los mejores indicadores de la singularidad de una cultura, pues es la lengua su mayor invención simbólica, este rasgo debe contar primordialmente para medir una capacidad creadora.

Una cultura de la modernidad no es, como se ha tendido a pensar respecto a su presencia en América, una mera imitación desvaída de culturas foráneas, un amasijo de influencias importadas, transplantadas tal cual, sino una cultura que, liberada de pesadas amarras al pasado remoto y a su tradición gracias a azares históricos, consigue organizarse coherentemente a partir de los elementos de que dispone y evolucionar hacia un punto focal que está situado en el futuro y no en el pasado. Adquiere entonces, tal como creo visible en la Argentina, la característica de una *cultura de vanguardia*, cuya potencialidad deriva de que explora territorios desconocidos, los inventa con audacia, los sueña y aun planifica y los convierte progresivamente en su propia realidad. Hacia 1930, esta notoria actitud vanguardista, que en América Latina solo tenía igual con otros miembros de la misma cultura suratlántica, los paulistas de la Semana de Arte Moderno, provocaba la admiración de Mariátegui que en ella veía la prueba de una transformación revolucionaria burguesa que no se había alcanzado en otras regiones del continente y que abría el camino a sucesivas transformaciones que habrían de ser tesoneramente dificultadas en el medio siglo de crisis posterior, sin llegar a ser definitivamente vencidas. Pero esa actitud vanguardista es la misma que percibimos en la generación intelectual

de la emancipación y en la posterior de la Joven Argentina que habrá de tomar el poder después de Caseros, permitiéndonos la distancia a que la observamos hacer el recuento fiel de virtudes e insuficiencias. Sabemos que la tardía colonización de la zona por españoles y lusitanos, la destrucción de las débiles poblaciones indígenas en un sistemático genocidio, la peculiaridad de una explotación económica que fijó el pacto dependiente con las metrópolis en ascenso, el entronque histórico con los centros que impulsaban la modernidad burguesa, el trasvasamiento inmigratorio, son algunos de los rasgos constitutivos que aseguraron la fundación de una cultura de la modernidad y su empuje vanguardista.

Sabemos también que la conducción burguesa que durante casi un siglo aseguró la evolución de esa cultura, entró en colisión desde 1930 con los nuevos grupos sociales emergentes que reclamaron su parte en la conducción del país y su derecho a incorporar a él sus privativos elementos culturales. Si hay un rasgo peculiar de esta coyuntura histórica argentina, es la visualización dicotómica que entonces surge y que simplistamente se definió en la oposición Florida-Boedo. La sociedad posterior a 1930 vio aplicarse la "hora de la espada" proclamada en 1924 por Lugones y tendió a reconocer como válida la división en tendencias antagónicas, por cambiantes y escurridizas y metamorfoseables que ellas hayan sido a lo largo del medio siglo transcurrido. Diría que las oposiciones han sido constantemente redefinidas, alterando los polos del enfrentamiento, pero que se ha conservado el básico sistema binario de oposiciones entre dos orientaciones doctrinales y esto ha sobrenadado al permanente confusionismo que rige culturalmente al período. Todo lo que en él se ha producido, desde el arte y la literatura hasta las formulaciones políticas, des-

de las filosofías sociales hasta las morales, está marcado por el confusionismo propio de una edad de crisis, en la cual ninguna proposición parece enteramente satisfactoria intelectualmente porque ni es nítida ni puede desarrollarse autónomamente: vive dentro de una pugna y se abastece de la acumulación indiscriminada de la historia transcurrida. Incluso parecen menos nítidas que las proposiciones de la gran crisis inicial del orden colonial, aunque eso también puede atribuirse a que estas últimas las podemos percibir desde el ángulo de los triunfadores en la contienda.

Nada ilustra mejor el confusionismo que la bastante difundida tesis sobre la pérdida de la identidad cultural. En América Latina es habitualmente un efecto secundario de la velocidad modernizadora mediante incorporación de patrones extranjeros, aunque aparece también como una racionalización ideológica para expresar la ambigüedad en que se mueven las clases altas y medias de una sociedad, en especial sus sectores juveniles, ante las urgencias de un cambio social y político al que parcialmente se resisten. Conozco pocos testimonios sobre la pérdida de identidad de los jóvenes de las clases obreras, en quienes sería casi más lógico el problema, visto que proceden de sectores rurales o marginales que se incorporan violentamente al más desarrollado sistema productivo industrial extranjero. Conozco en cambio muchos testimonios sobre esta conciencia en los estudiantes universitarios procedentes de clases medias o altas, a los cuales pueden aplicarse certeramente los razonamientos de Erik Erikson sobre la "crisis de identidad" que él vivió en el sego de la cultura europea. Pienso que ellos descubren que el sistema racional propuesto por una cultura de la modernidad como instrumento de cualquier operación intelectual, en verdad

# CATALOGOS SRL

Distribuidora de libros - Importación/Exportación

## NOVEDADES

**R. BARTHES**

Mitologías

(Ed. Siglo XXI)

**G. BATAILLE**

El erotismo

(Ed. Tusquets)

**Q. BELL**

Virginia Woolf (2 vols.)

(Ed. Lumen)

**B. BARTOK**

Escritos sobre música popular

(Ed. Siglo XXI)

**D. HAYMAN**

Guía del "Ulises"

(Ed. Fundamentos)

**J. LEZAMA LIMA**

Oppiano Licario

(Ed. Era)

**R. BARTHES**

S / Z.

(Ed. Siglo XXI)

**A. MARI (Comp.)**

El entusiasmo y la quietud  
(Antología del romanticismo alemán)

(Ed. Tusquets)

**E. FROMM**

Grandeza y limitaciones del pensamiento de Freud

(Ed. Siglo XXI)

**P. LEGENDRE**

El amor del censor. Ensayo sobre el orden dogmático

(Ed. Anagrama)

**C. LEVI-STRAUSS**

Antropología estructural, II

(Ed. Siglo XXI)

Solicite catálogos y listas a:

**Avda. Independencia 1860**

**Tel. 38-5708**

**1225 Buenos Aires - Argentina**

esconde una secreta irracionalidad que se testimonia en el apropiamiento de las fuerzas productivas y la subsiguiente apropiación de la conducción política. No creo casual que tales crisis de identidad hayan conducido a un reconocimiento del irracionalismo, a veces a una práctica de su caprichosa libertad y a una reconsideración del tema de la alienación. Cuando dejamos de estar contenidos dentro del aparato intelectual racionalizado y cuando superamos el encierro mediante la objetivación de ese aparato, descubrimos sobre qué tembladeral irracional funciona y en qué medida lo propicia. Como "dialéctica de la Aufklärung" lo percibio Horkheimer en una visión panoccidental que no rendía cuentas de su agravamiento en sus márgenes expansivos.

La modernidad vanguardista no es una virtud en sí, por más que de ese modo la recomienden sus afiliados, sino que es simplemente una característica de ciertas sociedades dinámicas de la era burguesa. Sus productos son sin duda admirables, pero no mejores ni peores que los de otros tipos de sociedades, incluso las que llamamos sociedades tradicionales. Son distintos. Si algo debemos a la antropología moderna es haber desprendido a las culturas tanto de las constricciones de raza como de las originadas en el concepto de una evolución progresiva única. Esos productos son además fácilmente internacionalizables, pues se adecúan al circuito planetario que ha establecido la economía-mundo de la actualidad. Para una visión estrictamente de presente esto se ofrece no como una virtud suplementaria sino como una corroboración del valor absoluto. Para una visión algo más ecuménica es simplemente una peculiaridad, tan curiosa y original como la forma de reproducción de determinadas especies animales.

Se trata de un estilo de sociedad, un modo de funcionamien-

to que subyace a la producción de objetos culturales, aunque éstos son capaces de autonomía respecto a los sistemas productivos en que se engendran. Si dejando de lado los productos examinamos ese sistema productivo de la modernidad vanguardista, observaremos que acarrea complejas operaciones, tan creativas como destructivas. Exactamente, solo puede alcanzar el punto ígneo de producción mediante la combustión de ingentes aportes culturales que alimentan la hoguera. Así, el espíritu vanguardista debió proceder a una tesonera urbanización de la cultura, lo que implicó consumir múltiples culturas rurales y, dadas las normas decimonónicas sobre las cuales fue trazado el plan de urbanización, debió desembocar en una generalizada alfabetización que fue construida en detrimento de las culturas analfabetas y orales. Si algo no puede negarse es la coherencia de la propuesta de Sarmiento: ciudades contra campo, alfabetización modernizadora contra tradicionalismo analfabeto, europeísmo anglofrancés contra pervivencia hispanizante. La consecuencia ha sido categórica: no tenemos en toda América Latina una cultura tan sistemática, rigurosa y homogéneamente urbana y alfabetada como la argentina. Esta opción franca tuvo la virtud de aceptar también francamente las negaciones que acarrea: la drástica exclusión de toda otra forma cultural opuesta o alternativa. Las virtudes de urbanización y alfabetización han sido cantadas mil veces y es bien fácil rastrearlas en la planificación sistemática de los productos culturales argentinos, en la racionalidad de sus diseños, en los criterios analíticos que maneja, en las concepciones normativas y generalizadoras a que aspiran, más visibles cuando proceden al despojo de los particulares concretos para componer una doctrina oficial que se impone beligerantemente a toda la na-

ción. Todo eso se sostiene sobre destrucciones paralelas: la cultura argentina ha establecido una aparente y rígida homogeneidad de toda la sociedad que impuso con notoria violencia, si no a todos, a la mayoría de los grupos componentes, procediendo al arrasamiento de las culturas regionales, sobre todo las múltiples culturas rurales, indígenas o campesinas que fueron o exterminadas o menospreciadas en beneficio del sistema de valores y prestaciones de la cultura urbanizada. Lo mismo puede decirse de las múltiples culturas tradicionales de los sectores inmigrantes, alcanzando la extinción de las etnias que sin embargo aun sobreviven en la sociedad norteamericana de "trasplantados" y siguen proporcionando desde sus enquistamientos sus productos específicos.

La voluntad planificada de este proyecto se hace visible cotejándola con otras regiones de América Latina o con la misma Europa. Basta cruzar la cordillera para recuperar de inmediato, en Chile, la multiplicidad de vivas formas culturales regionales o atravesar la frontera brasileña al norte de São Paulo para percibir cuán vivamente sigue viviendo el regionalismo con sus sabores particulares. Pero tampoco España, ni las naciones europeas que condujeron el proyecto civilizador argentino, Francia, Inglaterra o Alemania, han producido una homogenización similar y siguen conservando expresiones particulares regionales que son centros de producción cultural con visible margen de autonomía. Es obvio que tocamos aquí las distintas maneras en que se cumple la modernidad, según se trate de quienes la generan o de quienes la adoptan en situación dependiente. Y a pesar de la diferencia de grado que se registra entre la operación homogenizadora en Argentina y Estados Unidos, se podrían traer a colación las melancólicas reflexiones de Sapir so-



bre las culturas auténticas y las espurias tal como lo percibía en el panorama norteamericano de su época. El espíritu de modernización vanguardista pierde sus protectoras riendas que lo compensan y moderan cuando se diluye el polo tradicional contra el cual insurge. Visible eso en las nostalgias del particularismo que acecharon el Sarmiento de la madurez o en la recuperación, aunque ya fatalmente folklórica y ornamental, de las culturas rurales muertas en este siglo XX, a cargo de Lugones.

Hacia 1930 Scalabrini Ortiz construyó su historia de los ferrocarriles argentinos a partir de la contemplación del insólito plano que dibujaban las líneas férreas del país; pudo también acometer la historia de la cultura argentina partiendo de ese mismo esqueleto que la vociferaba.

Aunque en vez de trazar la doctrina de la inocencia que dice que el demonio viene de fuera y nosotros como sus incautas víctimas (la "teoría de la conjura" que decía Real de Azúa) puede trazarse otra doctrina más realista que dice que en estas operaciones se testimonia la obra de un asombroso equipo de intelectuales, parecidos a los "amautas" de que hablaba el Inca Garcilaso de la Vega, los que habrían diseñado platónicamente el Imperio Inca antes de que fuera realidad. Los intelectuales que estuvieron detrás de este proyecto, pensaron vanguardísticamente al país, construyeron su modelo ideal y procuraron luego que la sociedad real se amoldara a esos lineamientos: pusieron su diseño encima del país y repasaron con lápiz tinta sus líneas para que quedaran registradas. En un reciente li-

bro Halperín Donghi ha reunido las piezas de este debate intelectual (*Proyecto y construcción de una nación*) del que no encuentro paralelo sino en la generación norteamericana que diseñó el "destino manifiesto". El costo social fue monumental y creo que fue entonces que se introdujo esa arrogante concepción abstracta que con tal de alcanzar la plenitud real del modelo ideal se mostró capaz de desprestigiar el sufrimiento de la población.

No hay duda de que esos intelectuales representan clases sociales, ni de que operaron dentro de las constricciones que imponía su época (que sería injusto y pueril extrapolar a nuestras circunstancias actuales), pero lo que me parece singular en el campo cultural argentino, es esa presencia beligerante de los equipos intelectuales puestos a una tarea de construc-

Librerías

# fausto

Av. Corrientes 1311  
Tel. 40-1212

Av. Santa Fe 1715  
Tel. 41-2708

Literatura · Filosofía  
Psicología · Arte  
Ciencia · Historia  
Sección empresas  
y libros técnicos  
Ediciones de lujo  
Novedades al día

ENVIOS AL INTERIOR  
CREDITOS

Cualquier libro de nuestro  
surtido puede ser suyo con  
un crédito a sola firma.

ción de modelos, en lo que percibo la visible remanencia del intelectual dieciochesco que ha sido el inicial prototipo al que el país fue fiel hasta hoy. La cultura argentina, como todas las latinoamericanas, ha sido y pretende seguir siendo una cultura de élites, pecado original del que ni siquiera el pensamiento opositor y contestario actual se ha desprendido. Pero hay diferencias en América en el comportamiento de esa élites. La cultura colombiana y en general la andina, es asimismo una cultura de élites y la mexicana no sólo de élites sino aun de mafias detentadoras del poder. Pero mientras las élites de la región andina funcionaron separadamente del resto de la sociedad, dentro del batiscafo de sus clases, transmitiéndose comunicaciones para uso exclusivo del sector intelectual, las élites argentinas funcionaron sobre el concepto de servicio civil nacional, se constituyeron con equipos altamente preparados, desarrollaron complejas visiones futuristas y elaboraron proyectos destinados a ser puestos en práctica por la sociedad toda ya que reclamaban de la mayoría de las fuerzas sociales para ejecutarse. Como además acarreaban modificaciones ingentes, les era indispensable un amplio y riguroso sistema educativo tanto para formar los cuadros eficientes para esa tarea como para internalizar en la conciencia de los ciudadanos sus presuntas virtudes. Como carecieron del rico estamento eclesiástico de otras regiones, aunque apelaron algo retóricamente a los principios religiosos, tuvieron más confianza en un armado instrumental educativo laico como era propio del proyecto burgués moderno. El les conquistó importantes sectores populares quienes aceptaron esa lección de la ideología aun en oposición a la lección de la verdad concreta de sus propias vidas, posible origen de esa sorprendente alienación de los sectores medios urbanos en la socie-

dad argentina actual.

Esas élites han modelado la nación imponiendo mitos en la conciencia ciudadana: desde el de "nación" hasta el de "educación". Diría que todos ellos, aun los más defendibles, responden a los principios de un flexible despotismo ilustrado, porque han sido incrustados en la sociedad a partir de su elaboración por las élites, sin intentar recoger de los hombres que la componen esos valores que conducen sus formas culturales específicas y tradicionales. El principio de modernización adquirió así un estilo autoritario y desdeñó las fuentes creativas y espontáneas de la población, que solo algunas veces resultaron rescatadas en obras literarias o artísticas, en formulaciones doctrinales de grupos resistentes y minoritarios. Fue una cultura inducida que se prevaleció del extraordinario aparato educativo para transmitir la ideologización de las élites. Sin duda manejó expresiones populares pero solo epidérmicamente o después de haber sido castradas (la ideologización del gaucho que hizo Lugones en sus conferencias de 1913 ante las autoridades nacionales) y con ellas revistió enmascaradamente los mensajes de las élites, oficiando de representantes de clases dominantes.

Establecieron una cultura normativa y legal, la cual desarrolló persuasivas abstracciones explicativas y minuciosos sistemas legales de funcionamiento, pues todos los integrantes de estas élites fueron, como Laprida, hombres de leyes y dictámenes y no deja de ser aleccionador la subversión de esos rasgos en la actual situación argentina, porque ha evidenciado, casi grotescamente, lo que tenían de invenciones supraestructurales y de régimen coercitivo. Se trata de una peculiaridad compartida por diversas áreas latinoamericanas, devotas todas de los códigos napoleónicos y de las cambiantes cartas magnas constitucionales, pero es la coherencia

y el espíritu de sistema lo que en el caso argentino llama la atención. La minuciosidad con que fue construida una red de principios órdenes, disposiciones, interpretaciones, y el rigor omnímodo con que se aplicó a la totalidad nacional. Para lograr esta coherencia y esta sistematicidad, forzoso es perder de vista la realidad concreta. El perspicaz Valentín Alsina lo percibió de inmediato en Sarmiento y amistosamente trató de evidenciar su propensión a los *sistemas*, que definió así: "sentada una idea jefe, recorre cuantos hechos se le presentan, no para examinarlos filosóficamente y en sí mismos, sino para alegarlos en prueba de su idea favorita, para formar con ellos el edificio de su sistema. De aquí nace naturalmente que, cuando halle un hecho que apoye sus ideas, lo exagere y amplifique; y cuando halle otro que no se encuadre bien en su sistema, o que lo contradice, lo hace a un lado, o lo desfigura o lo interpreta: de aquí nacen las analogías y aplicaciones forzadas; de aquí los juicios inexactos o parciales acerca de los hombres y sucesos; de aquí las generalizaciones con que, de un hecho individual y tal vez casual o insignificante en sí mismo, el escritor deduce una regla o doctrina general". ¿No se podría aplicar a tantos otros en tantas épocas? ¿A Echeverría como a Alberdi, a Lugones como a Ingenieros, a Martínez Estrada como a Viñas?

No veo en el resto de América Latina otra cultura tan poco empírica y tan poco pragmática como la argentina, tan poco respetuosa de lo concreto, particular e individual y a la inversa, tan segura de la conveniencia, amplitud y exactitud de las "leyes y los dictámenes". Percibo en ella una tendencia generalizadora que se construye a partir de algunos apoyos realistas evidentes y eficientes pero no siempre suficientes para esa rápida construcción gene-

ralizadora que aspira a la fijación de normas interpretativas de validez universal, de teorías fascinadoras pero indemostradas. Es frecuentemente el reino de las hipótesis que se hacen pasar cómodamente como tesis resultantes de una investigación que no se ha llevado a cabo. Veo aquí una consecuencia de ese absolutismo de las élites intelectuales aplicadas a fijar modelos ideales para luego encarnarlos. Y comparto tan vivamente la desconfianza contra este espíritu de sistema que llevó a Carlos Vaz Ferreira a escribir su *Lógica viva*, que llevo a pensar, aplicando aquí el espíritu de sistema, si esta desconfianza tanto del Vaz novencentista como mía, no es parte de una resistencia provinciana a la sistematización omnímoda que llevó adelante la capital Buenos Aires sobre su vasto hinterland, que no estaba compuesto solo de campiñas sino también de pequeñas ciudades como Montevideo o Córdoba, las cuales no por azar fueron, en 1908 y 1916 respectivamente, sedes de insurgencia estudiantil y reformismo universitario.

A través de un eficiente aparato educativo, que encubre y disfrazaba el régimen represivo sobre el cual se levanta, los "amautas" transmiten sus ensoñaciones al común: nada de raro que en algún momento una parte de la sociedad, aunque acostumbrada a aceptarlas, descubra que está soñando pesadillescos cuentos borgianos. Nada de raro tampoco que otra parte de la sociedad se niegue a soñar una pesadilla que poco tiene que ver con su situación concreta y sus intereses. Hay un momento en que la conciencia de los particulares consigue perforar la perfecta estructura normativa diseñada por los "amautas". Pero es ilustrativo del poder de los sistemas para seguir operando más allá de las doctrinas que transportan, registrar en esa parte de la sociedad que se rebela a la conducción de

las élites, la asunción del mismo espíritu de sistema, de los mismos diseños generalizadores y abstractos, aunque comúnmente de signo contrario. La capacidad insidiosa de toda acumulación cultural extensa, de todo pasado, para impregnar posiciones doctrinarias disímiles y aun contrarias, filtrando sobre los campos opuestos un idéntico régimen operacional que los homologa funcionalmente aunque discrepen en sus proposiciones, puede reconocerse en el último medio siglo argentino correspondiente a la crisis, en el trazado de dos líneas opuestas.

La parcial toma de conciencia de esta crisis, se logró mediante el reconocimiento de una línea de cultura alternativa. Oponiéndose a la línea liberal y oficial de la cultura argentina, que en alguna ocasión se denominó mitrista, se concedió relevancia a una línea recesiva de tipo populista, lo que a su vez fundamentó el discurso histórico revisionista. Si bien tal ruptura resultó beneficiosa, en cuanto puso en discusión el principio homogenizador falso que se había impuesto al país, dista de dar cuenta de la total situación cultural de la sociedad. Se sabe hoy que la cultura argentina no es, exclusivamente, el Teatro Colón, el diario *La Nación* o la revista *Sur*, pero la solución alternativa populista asumió similares formas autoritarias, generalizadoras e impositivas, presentándose como el producto de otras élites intelectuales dictaminando a partir de una escasa o empobrecida experiencia de lo concreto. Quedó destruida la concepción global y uniforme, pero su dependencia de élites así como la subsiguiente tendencia sistemática homogenizadora continuó funcionando. Con lo cual la pluralidad de culturas sometidas que de hecho integran la nacionalidad no ha sido reconocida ni han adquirido fuerza sus variadas demandas a integrar una cultura auténticamente nacional. Es propio de las crisis la desintegra-

ción de la centralización autoritaria, dejando en libertad operativa los variados sectores que entonces buscan expresarse. Algunos pudieron hacerlo y otros siguen imposibilitados de sostener fuertemente sus propios valores culturales y aun corren el riesgo de perderlos si asumen simplemente algunas de las dos líneas (oficial y populista) enfrentadas.

Las culturas de los sectores sometidos cumplieron siempre ingentes esfuerzos para expresarse colectivamente y para ser aceptadas válidamente a la luz pública. Para comprobarlo, cada uno de nosotros puede trabajar desde su campo de observación, sean las lenguas, las doctrinas sociales, los humildes productos de la vida cotidiana, las posiciones políticas, etc. En mi caso ese campo de observación está representado por la literatura. En él se percibe la exacerbada expresión de las culturas rurales en el último tercio del siglo XIX, aunque con mayor vigor y mayor variedad (de Lussich a Podestá) en las regiones alejadas del centro tentacular de Buenos Aires y por eso más vivamente en la Banda Oriental que en la Occidental del Río de la Plata. Del mismo modo que más vivamente entre las poblaciones de Río Grande do Sul que bajo el imperio urbano de São Paulo, para la otra porción (brasileña) de la cultura suratlántica. En cambio las culturas inmigratorias del primer tercio del siglo XX, por su incidencia en los centros urbanos, lograron expresarse preferentemente en las ciudades, São Paulo y Buenos Aires, aunque asumieron sus rasgos contestatarios más firmes, su estructura ideológica radical, en las ciudades pequeñas, Rosario, Montevideo. La „plebe ultramarina“ que vilipendiaba Lugones, consiguió una inicial expresión propia, que Gladys Onega ha pesquisado en su libro, sustentó originales formas teatrales y diseñó formas originales del imaginario, aunque, en el sentir de Darcy Ribeiro, no consiguió

imponer como en Estados Unidos sus normas vitales y se rindió al conservadorismo tradicionalista de las élites dominantes. Ello, sin embargo, estaba previsto desde el comienzo novecentista en las proposiciones de *Canaan* de Graça Aranha y en *La gringa* de Florencio Sánchez, quienes buscaron la reconciliación de los elementos en pugna.

Tanto unas como otras manifestaciones, rurales y emigrantes, han sido enlazadas precariamente por quienes han buscado construir la tradición popular alternativa recusatoria de la oficial, pero lo cierto es que no hay similitud ni continuidad histórica entre estas formas culturales de sectores dominados de la sociedad. La debilidad de sus productos y la dificultad para ser incorporados al circuito culto, testimonian el aplastante peso de la cultura de élites, tanto en su vertiente oficial como en la supercultura y sofisticada que ocupó la escena desde 1930. Las formas populistas, incluso, que se generaron en los diez y los veinte, fueron incapaces de sostener un desarrollo extenso: así, una de sus ricas invenciones, el tango, se agotó lo suficiente como para que en las últimas décadas fuera recuperado por el sector culto como un objeto de museo.

Cuando una cultura se ha definido en torno al espíritu vanguardista, es éste el que la interpreta a cabalidad, mucho más que las ocasionales doctrinas, fatalmente históricas y circunstanciales, con que el vanguardismo ha encarnado. Sobre todo porque los sectores que aseguran el avance de la sociedad en algún determinado momento e interpretan por lo tanto ese vanguardismo, asumiendo en un tiempo a la totalidad social, pueden haber perdido sus energías creativas e incluso haber retrogradado a posiciones de inmovilismo. Es entonces que se necesita de una nueva definición, de un nuevo contenido del van-

guardismo, cosa que, como en algún momento observó el mismo Croce analizando el agotamiento de las escuelas literarias y su obligado reemplazo, implica la incorporación de nuevos sectores sociales.

La cultura argentina, que fue capaz de integrar, aunque en posición dependiente, múltiples aspectos tradicionales pertenecientes a estratos bajos de la sociedad, no ha encontrado el camino para dar paso a las expresiones de fuertes sectores urbanos, como son los nacidos del crecimiento industrial en las grandes ciudades, pues la cultura peculiar de ellos no puede de ninguna manera verse representada por las invenciones de los “cuadros”, ya que estos vuelven a reiterar, dentro de otros parámetros, las tendencias elitistas anteriores. llámense como se llamen. No ha habido renovación cultural auténtica, apenas si a veces populismo y otras doctrinarios funcionarial.

En cambio sí, ha habido escritores formados en el cauce de la supercultura del último medio siglo, que han sido capaces de tender una puente hacia el reconocimiento de esos valores. La asombrosa trasmutación de la lengua literaria es quizás el mejor índice de este cambio que no puede equipararse a un “majismo” superficial porque ha impuesto, progresivamente, la asunción de valores propios de los sectores populares. Estos son reconocimientos vicarios de la otra realidad que aún no se ha expresado, tal como Mariátegui decía del indigenismo que era la forma interina, antes de la directa expresión por parte de los indios. Pero señalan, al mismo tiempo, el movimiento profundo que está cumpliendo una cultura que necesita, para una nueva y plena expansión de su espíritu vanguardista, un nuevo proyecto de futuro

Wilson Center, Washington, A'ri  
1980.